

Bertrand Méheust

EL
ESCRITOR
Y LAS
CIENCIAS
PSÍQUICAS

MARCEL
PROUST,
UN MÉDIUM
DESPIERTO

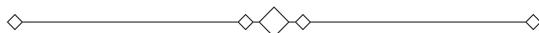


BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA



BERTRAND MÉHEUST

EL ESCRITOR Y
LAS CIENCIAS
PSÍQUICAS



MARCEL PROUST,
UN MÉDIUM DESPIERTO

 Ediciones
Luciérnaga



BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Proust voyant*

Primera edición en francés a cargo de Vues de l'esprit.

© del texto: Vues de l'esprit y Bertrand Méheust

© de la traducción: Isabela Herranz

Imágenes de cubierta: Dominio público / Creative commons

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: mayo de 2024

© Edicions 62, S.A, 2024

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19996-40-4

Depósito legal: B. 4.076-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

I. Un «médium despierto»	9
II. Proust y las ciencias psíquicas	41
III. Proust y el pensamiento mágico.	61
IV. Premonición irónica de la gloria futura	85
V. El sueño exploratorio	107
VI. La invención de la memoria involuntaria.	131
VII. El síndrome de la magdalena.	147
VIII. El proceso de decantación.	167
IX. La expansión de la presencia y la formación de seres híbridos	191
X. Los poderes psíquicos en la obra de Proust	209
XI. El Libro-vida y la literatura.	243

Ediciones en francés de las obras de Marcel

<i>Proust citadas y abreviaturas</i>	281
<i>Notas</i>	283
<i>Índice onomástico</i>	315

I

UN «MÉDIUM DESPIERTO»

La obra de Proust solo pudo concebirse en la clarividencia del insomnio, en ese cuarto cerrado, oscuro, sin aire, donde revivía su rico pero breve pasado, conectado al mundo exterior por una especie de TSF* que comunicaba con todos los puntos del universo.

JACQUES-ÉMILE BLANCHE, *NRF*, 1923

Durante mucho tiempo, Marcel Proust permaneció en su dormitorio. A causa del asma que padecía desde la infancia y de otras complicaciones, había adquirido la costumbre de pasar buena parte del día en la cama y, en ocasiones, no se levantaba hasta el anochecer. Cuando un año después de la muerte de su madre se instaló en un piso del bulevar Haussmann, lo hizo en un cuarto que había hecho forrar de corcho para amortiguar el ruido del vecindario, con las ventanas cerradas, los postigos echados y las cortinas corridas; allí encontró por fin la forma que tomaría el gran libro en el que llevaba años trabajando. El comportamiento del escritor insomne es tan conocido que apenas sorprende ya. Para hacerse una idea cabal, vale la pena describirlo del modo más objetivo posible. Aislado del mundo, sumido en las profundidades de la noche, viajaba por el pensamiento como un vidente, «comunicándose con todos los puntos del universo», no en dirección al futuro, sino a un pasado que trataba de revivir transfigurándolo a través de la escritura. Esta operación mágica no

* La sigla TSF se refiere a la telegrafía sin hilos. [*N. de la T.*]

era solo el medio que le permitía redescubrir las impresiones sensoriales sepultadas en toda su sutileza, o penetrar en los recovecos secretos de la psicología de sus personajes, sino que también constituía uno de los argumentos de su obra. Desde las meditaciones sobre el sueño y el soñar que recogen las primeras páginas hasta las reflexiones finales sobre el tiempo que se incorpora a los seres, *À la recherche du temps perdu* (*En busca del tiempo perdido*) no deja de girar en torno a la cuestión del acceso a una realidad más profunda que la percibida en la vida cotidiana. Lo que importa, pues, no es tanto la perspicacia extralúcida de Proust como el uso literario que hace de ella, explorando con los medios propios del novelista una dimensión de la experiencia humana que atrajo la curiosidad de los más grandes pensadores de la época.

Esta es la tesis que se defenderá e ilustrará en este libro. La obra de Proust adquiere una nueva luz cuando la comparamos con las investigaciones efectuadas en su época sobre las capacidades observadas en ciertos individuos, que entonces parecían portadoras de lecciones más generales para comprender la naturaleza y el funcionamiento de la mente humana. Las pruebas de comunicación telepática, debidamente verificadas y aceptadas por destacados filósofos, permitieron formular nuevas teorías de la conciencia, no localizada en el cerebro, sino vinculada a «todos los puntos del universo». La metáfora de Jacques-Émile Blanche, citada al inicio de este capítulo, condensa con notable eficacia las enseñanzas que Marcel Proust pudo extraer de la investigación psíquica de su época, y la percepción que se podía tener de su obra en el momento de su muerte.

Esta perspectiva sorprenderá a los lectores debido a que tales cuestiones han estado arrinconadas durante un siglo y tenidas al margen de las disciplinas científicas reconocidas. Pero los hechos son tozudos. El reducido número de investigadores que han seguido estudiando estos fenómenos disponen ahora de un significativo corpus de observaciones cuidadosamente verificadas. Para sacar conclusiones, es hora de retomar las ideas expuestas hacia 1900 por psicólogos y filósofos como Frederic Myers, William James y Henri Bergson. Mi objetivo al situar a Marcel Proust en su compañía, como uno de esos exploradores de la mente, es doble. En primer lu-

gar, se trata de comprender mejor algunos estratos de *En busca del tiempo perdido* que permanecerán siendo oscuros si seguimos ignorando esta dimensión de la cultura en la que estaba inmerso el novelista. Proust no fue reconocido como autor clásico hasta la década de 1960, cuando el dominio del paradigma estructuralista y del psicoanálisis hizo ininteligibles tales referencias. En el inmenso y complejo tapiz de su novela, me gustaría poner de relieve un hilo conductor que los comentaristas no reconocen, al no estar familiarizados con estas cuestiones. A cambio, espero que los resultados obtenidos tengan la virtud de dar nuevo lustre a la investigación sobre los poderes de la mente. Este viaje en el tiempo supondrá sin duda un soplo de aire fresco para muchos lectores. Los indicios que se irán acumulando a lo largo del trayecto deberían justificar el enfoque adoptado. Para empezar, será instructivo observar cómo le describían sus amigos.

Proust vidente: los testimonios de sus allegados

En enero de 1923, dos meses después de su fallecimiento, la *Nouvelle Revue Française (NRF)* publicó un homenaje a Proust en el que colaboraron veintitrés personalidades del mundo literario.¹ Entre los colaboradores figuraban varios de sus allegados, que se propusieron retratar al hombre extraño y singular que fue, con su comicidad y su loca generosidad, así como describir las excepcionales facultades mentales que parecía poseer y que puso al servicio de su escritura.

Léon Daudet elogió su penetrante capacidad de análisis psicológico: «Hizo progresar la introspección, la conciencia que uno tiene de sí mismo hasta un grado que iguala al de los más destacados moralistas de todos los tiempos».² Daudet atestigua también el carácter enciclopédico de su cultura y la variedad de sus intereses: ¿no había sacado tiempo para sumergirse en *Las plantas trepadoras* de Darwin, entre otras lecturas inverosímiles? Robert Proust, su hermano menor, da testimonio de su ascetismo, de su capacidad para aislarse del mundo exterior y de la «tarea sobrehumana» que llevó a cabo para completar su obra.³

Los mismos autores, y algunos otros, describen ciertas características de su mirada, que se encuentran en *En busca del tiempo perdido*. Para Lucien Daudet, «tenía el don de ampliar sin distorsionar. Era como si su retina, dotada de una potencia suplementaria, le permitiera verlo todo de mayor tamaño». Bajo su pluma, una figura podía adquirir «las proporciones de un paisaje». ⁴ Fernand Gregh, amigo de juventud, va más lejos y se detiene en el carácter asombroso de esa mirada, a la vez sobrehumana e infrahumana: «Su mente disponía de recursos que parecían literalmente infinitos. A los veinte años, Marcel observaba la vida como si tuviera una mirada de mosca, una mirada con mil facetas. Veía los veinte ángulos de una cuestión, e incluso añadía un vigésimo primero, que era un prodigio de invención e ingenio». ⁵ Los lectores que solo tengan un conocimiento superficial de la persona y la vida de Marcel Proust se sentirán intrigados por estos retratos, pero lo más sorprendente está aún por llegar. Otra facultad más misteriosa emerge y se clarifica en la pluma de otros participantes del homenaje, una facultad que su amigo Henri Bardac no duda en nombrar sin ambages:

Realmente poseía el don de la adivinación. Más que la maravillosa rapidez de su mirada, más que la desconcertante precisión de esa memoria infalible a la que confiaba instantáneamente la impresión visual, hasta el minuto en que la imagen grabada tantos años antes, de pronto devenida necesaria, fuera evocada en su complejidad, en su multiplicidad. Tuve ocasión de admirar esta singular habilidad que hacía de Proust una especie de visionario. Este instinto mal definido le permitía distinguir tras las cortinas echadas el resplandor de una mañana «espaciosa, helada y pura»; transformar en lenguaje el rodar de un tranvía; difundir a través del sueño «una tristeza que presagiaba la nieve». Le hacía percibir el mundo exterior desde su cama. ⁶

Este texto merece ser citado en su totalidad: muestra cómo las facultades psíquicas de Proust, puestas de relieve por los participantes del homenaje (su memoria prodigiosa, la penetración y multiplicación de su mirada, su capacidad para ver tras las apariencias), se fusionaron para llevarle a los confines de la videncia, y cómo este

poder singular contribuyó, en su obra, a un enriquecimiento sin precedentes de la expresión literaria.

El *don de la adivinación*: el término se ha deslizado. Las palabras de la mitad de los participantes (once de veintitrés) giran en torno a este tema y, tomándolo en sentido figurado, pero a veces también literal, hacen de él incluso el rasgo más llamativo de su persona; en cualquier caso, el que han querido destacar en su homenaje. Anna de Noailles, por su parte, le atribuye el don de presentir el futuro.⁷ Para describir su personalidad, Ramón Fernández utiliza expresamente el término *médium*.⁸ Se le ocurre una imagen impresionante para caracterizar lo que a veces sentía junto a él. En ciertos momentos, precisa, la retina del escritor parecía haber sido «golpeada directamente» por sus pensamientos secretos. Su íntima amiga Élisabeth de Gramont, duquesa de Clermont-Tonnerre, mujer de letras que no había sido invitada a participar en el homenaje de la NRF, también le describe en sus memorias como un «vidente» y un «mago».⁹ Jacques-Émile Blanche, como hemos visto, llegó a escribir que la obra de Proust solo pudo concebirse en la «clarividencia del insomnio».¹⁰

Gabriel de La Rochefoucauld quedó igualmente impresionado por la perspicacia de Proust. «Algunas personas —afirma— dicen que el verdadero escritor solo puede producir en un estado de ensimismamiento; Proust es un ejemplo curioso, pues con él [...] estamos en presencia de una persona inspirada. [...] Dotado de una memoria prodigiosa, que le permitía recorrer las largas páginas de *De côté de Swann* (*Por la parte de Swann*), sigue con una agudeza de visionario las contradicciones y los problemas que atañen a la humanidad.»¹¹ Walter Berry reconocía que tenía un «sexto sentido»,¹² al igual que Paul Morand, que veía en él a «un verdadero lector del pensamiento».¹³

A veces, cuando Marcel Proust se encontraba con alguien por primera vez, parecía como si lo conociera de toda la vida: «Mucho antes de conocerte —escribe Jacques Porel—, Proust había descendido gradualmente por el pensamiento en tu propia existencia. ¿En cuántos individuos no habrá observado, desde lo profundo de su alcoba, este tipo de poderes sin haber coincidido con ellos?»¹⁴ La observación es bastante asombrosa porque el poder que aquí se alega,

si se ha de tomar literalmente, el poder de hacerse inmediatamente presente a cualquier persona viva y de entrar en su intimidad como si la conociera de siempre, apenas ha sido atestiguado con tanto alcance salvo en el caso de los grandes taumaturgos cristianos. En el caso del padre Pío, por ejemplo, se manifestaba durante sus confesiones, que adquirirían un carácter adivinatorio.¹⁵ Dificilmente esperarías que se le atribuyera a quien hoy es considerado el más grande escritor francés contemporáneo.

En su aportación, Reynaldo Hahn, su amigo más íntimo, pinta un impactante retrato de un Proust sumido en una especie de trance ante un macizo de rosales, como el Sócrates de la leyenda, que a veces permanecía inmóvil durante horas, absorto en una meditación misteriosa:¹⁶ «Marcel se había dado media vuelta hasta los rosales. Al terminar de dar la vuelta a la mansión, lo encontré en el mismo sitio, mirando fijamente las rosas. Tenía la cabeza inclinada, la mirada seria, parpadeaba, el ceño ligeramente fruncido como por un esfuerzo de atención intensa, y con la mano izquierda empujaba obstinadamente la punta de su bigotito negro entre los labios».¹⁷ Este estilo de visión global resulta valioso, porque nos muestra al autor en su vida cotidiana, muy cerca del retrato que a veces hacía de su narrador, también absorto en la contemplación de los parterres. Es una lección sobre la que tendremos que meditar.

Christine Brusson fue la primera en analizar estos homenajes inesperados e inquietantes. Sus conclusiones son inequívocas: «Quienes le tratan le reconocen, *hasta el punto de hacerse evidente*, la capacidad de leerles el pensamiento, o de ver de una determinada manera. Los ha impresionado, y están lo suficientemente seguros de lo que apuntan como para escribir sobre ello sin parecer ridículos en el ejemplar de homenaje de una revista literaria de renombre».¹⁸ Este tipo de confidencias, que ahora podrían parecer embarazosas o inapropiadas, lo eran mucho menos en los círculos artísticos y aristocráticos de principios del siglo xx, donde el gusto por lo sobrenatural y lo oculto estaba muy extendido.

En un breve artículo publicado en *Le Figaro* en abril de 1945, Reynaldo Hahn ofrecía un testimonio más convincente todavía, dada la naturaleza de los hechos alegados y la cercanía entre los dos

hombres. Proust, como sabemos, tradujo dos libros de Ruskin. Son las condiciones en las que llevó a cabo esa tarea las que merecen ser conocidas y comentadas. Se podría pensar que, con el nivel de inglés de un estudiante de secundaria, habría traducido el texto palabra por palabra, consultando constantemente el diccionario, impulsado por su intuición de la obra, del mismo modo que Baudelaire tradujo y transfiguró a Edgar Allan Poe. Pero lo que revela Reynaldo Hahn va mucho más allá: sencillamente, Marcel *no sabía inglés*. «El libro en sí le resultaba inaccesible, *porque no sabía inglés*, y fue necesario, por lo demás, que su madre, cuya devoción no se cansaba con ningún deber, le tradujera el texto palabra por palabra, llenando varios cuadernos escolares con su fina caligrafía.»¹⁹ Pero, continúa Hahn, cayó enferma y solo pudo traducir una pequeña parte del libro de Ruskin. La verdad, concluye, es que Proust tradujo los dos libros de Ruskin «con la ayuda de esa adivinación sobrenatural que he observado en él mil veces, en las circunstancias más ordinarias de la vida».²⁰ Proust se le aparecía a menudo en su vida cotidiana «como un médium despierto», capaz de conocer de repente «los pensamientos de los demás hasta sus recovecos secretos, por un súbito proceso de discernimiento psicológico, por una súbita iluminación». Y esta prodigiosa facultad parecía manifestarse regularmente en él. «Podría citar innumerables ejemplos de este sorprendente don —continúa Hahn—, por el cual lo que estaba destinado a permanecer oculto le era revelado con toda naturalidad, y estoy seguro de que fue por efecto de uno de estos milagros por lo que comprendió el lenguaje de Ruskin, cuyas palabras le eran extrañas.» Como diría Marie Nordlinger, prima de Reynaldo Hahn que también participó en estas traducciones, para comprender el texto inglés, Proust parecía pasar por un «intermediario desconocido». «En efecto —concluye Hahn—, aquí estamos ante lo Desconocido.»²¹

En 1959, en *Le Figaro Littéraire*, el periodista Robert de Saint-Jean publicó las confidencias de Reynaldo Hahn, que había recogido treinta años antes sobre el mismo tema: «Proust sabía algunas palabras de alemán y de italiano, pero siempre se mantuvo profundamente rebelde frente al inglés, rebelde hasta el punto de no ser capaz de decir “deme agua caliente” en esa lengua». Hahn llega a añadir:

«Siempre he pensado que se negó a ir a Inglaterra para que no se descubriera allí que el traductor de Ruskin no podía expresarse en el idioma del país». ²² Estas mismas confidencias evocan también las manifestaciones de esta mediumnidad lúcida en la vida cotidiana del escritor.

Quienes no conocieron a Proust sonrían cuando hablamos de su segunda vista, de brujería, y nos dicen que «no es serio». Pero este vidente daba constantemente pruebas de una facultad adivinatoria que iba mucho más allá del sentido común. De un caballero visto por detrás por primera vez, dijo una vez: «¡Es un ingrato!». ¡Y era verdad! Encerrado en su alcoba de enfermo, me dijo un día que fuera a cerrar la entrada de carruajes del edificio que le parecía que estaba entreabierta, ¡y era verdad! La intuición, tras el amor a primera vista por un escritor extranjero en el que se descubrió a sí mismo en potencia, es lo único que puede explicar de forma totalmente satisfactoria el milagro de las dos traducciones.

Robert de Saint-Jean concluye este relato con una bella imagen: «Fascinado por Inglaterra, Proust, en su batiscafo bien cerrado, utilizaba a Reynaldo Hahn y a sus otros amigos de viaje como periscopios mágicos. Pero, en realidad, el gran misterio ya se le había impuesto a través de la obra radiante del poeta y profeta John Ruskin». Esta metáfora asombrosamente acertada, que prolonga y amplifica la utilizada por Jacques-Émile Blanche, transmite con acierto todo el planteamiento oculto de *En busca del tiempo perdido*, que intentaré sacar a la luz.

Si aceptamos el relato de esta traducción mediúmnica de Ruskin, veremos que no se trata de una metáfora, sino de un poder atestado y bien documentado, que los especialistas en videncia denominan *xenoglosia*: la capacidad de comprender o hablar una lengua que ignoramos por completo, que ha producido los fenómenos más misteriosos, pero también a veces los más inequívocos de la mediumnidad intelectual. ²³ Sin embargo, ¿puede tomarse este testimonio al pie de la letra? Es posible que Proust simplemente hablara muy mal el inglés y que la pena empujara a Reynaldo Hahn hacia una exaltación romántica del amigo difunto. Verificar o refutar esta hipótesis exigiría una investigación detallada que está fuera de mi alcance. Bastará

concluir con Christine Brusson a partir de esta serie de testimonios, y en especial del que acabamos de leer, que según quienes le conocieron, incluidos sus amigos más íntimos, la persona de Proust emanaba algo fascinante y misterioso, y sugería un verdadero poder de videntes. Para emplear el término que se utilizaba en la época de la muerte de Proust, el autor de *En busca del tiempo perdido* era quizá, al menos en potencia, un «sujeto metagnomo», es decir, un hombre capaz de adquirir inequívocamente informaciones que no podían propagarse por los canales sensoriales. Solo pruebas metódicas habrían podido confirmar o refutar esta impresión. Más precisamente, retomando la expresión utilizada por Reynaldo Hahn, a veces era percibido por sus allegados como un «médium despierto»: no necesitaba entrar en un trance profundo; los poderes mediúmnicos que le atribuía su amigo se desplegaban en un estado aparentemente normal que apenas alteraba el control voluntario.

Céleste Albaret, su criada en sus últimos años, también evoca en sus recuerdos la clarividencia que reconocía en él. Su premonición más sorprendente se confirmó cuando murió. Al final de su relato de la muerte de Bergotte —un gran escritor que llevaba años sin salir de su casa, y en quien el novelista proyectaba una parte de sí mismo—, Proust había escrito: «Le enterraron, pero durante toda la noche fúnebre, en los escaparates iluminados, sus libros, dispuestos de tres en tres, velaban como ángeles con las alas extendidas y parecían, para el que ya no estaba, el símbolo de la resurrección».²⁴ En la pequeña librería cercana a la última residencia de Proust, en la calle Hamelin, así se expusieron sus propios libros tras su muerte.²⁵

En el baile con la princesa Bibesco

El comportamiento de Marcel Proust y la extrañeza que emanaba de su persona también podían suscitar inquietud, cuando no miedo. Desde este punto de vista, resulta turbador el testimonio de la princesa Bibesco. A los veintiún años, se cruzó con el escritor en un baile de alto copete. Proust, a quien ella no conocía, aparentemente deseoso de hablarla, se sentó frente a ella «en una sillita dorada, como si

hubiera salido de un sueño, con su pelliza de piel, su rostro dolorido y sus ojos que veían la noche».²⁶ Inmediatamente se apoderó de ella un miedo irresistible. Para escapar de esta presencia inquietante, fue pasando de un bailarín a otro. Al revisar más tarde aquella reacción, diría que aquel encuentro había despertado en ella «el miedo a lo inenarrable». Citando una frase de *En busca del tiempo perdido* —«hemos llamado a todas las puertas que no conducen a nada, y la única por la que podemos entrar, y que habríamos buscado en vano durante cien años, nos la topamos sin saberlo»—, añadió: «El hombre que escribió esa frase misteriosa tenía la llave de un mundo al que no quise seguirle aquella tarde, pero al que me arrastró desde entonces».²⁷

En la época de su encuentro con Proust, la joven princesa estaba atormentada por un secreto: atenazada por el demonio literario, escribía novelas a escondidas. Temerosa, como el joven Marcel antes que ella, de que el entorno familiar obstaculizara su vocación, la ocultó cuidadosamente a sus padres y allegados, e intentó, de baile en baile, presentarse como una alegre mujer de mundo, haciendo gala de «una alegría infantil». Unos meses más tarde, recibió una carta de Marcel Proust felicitándola por la publicación de un relato de viaje, una carta sorprendente, llena de familiaridad y detalles personales.²⁸

Esta carta me produjo una impresión difícil de definir. Redactada de forma convencional, terminada con una fórmula de lo más ceremoniosa, en principio parecía la carta de un hombre que solo me había visto una vez; pero cambió de tono desde la primera línea y adquirió un acento de sinceridad, de gentileza sentimental que no podía explicarme. «Me entristeció verla marchar...» ¿Cómo era posible que mi partida, que solo me entristecía a mí, y cada año más, entristeciera a alguien que apenas me conocía? ¿Cómo se atrevía a escribirme sobre tantas cosas familiares personales tan pronto en tono de confianza como en tono de maestro?²⁹

Lúcida, la princesa extraería más tarde las consecuencias de esta incomprensible proximidad con un desconocido:

Esta carta reveladora me informaba de que él escribía, cosa que yo aún no sabía, y que leía en las almas, cosa que me asustaba. Una frase en particular me produjo una sensación de malestar, como si una vez robado mi secreto, ya no pudiera utilizarlo en mi defensa. «Esta alegría infantil, la única que debe ayudarla a llevar el peso de su pensamiento perpetuo...»: así definió Proust el instinto que me hizo ir al baile, que me hizo dar vueltas y huir de él, y preferir bailar a su conversación durante toda la noche. [...] Solo esta «alegría infantil», cuyo secreto descubrió Marcel Proust, me ayudó a soportar las limitaciones de mi doble vida.³⁰

En puridad, la princesa habla de un vidente. Al hacerlo, corrobora el testimonio de Jacques Porel citado anteriormente: cuando Proust se encontraba con alguien por primera vez, se comportaba y expresaba como si lo conociera íntimamente de toda la vida. Esta era una de las causas de la sensación de extrañeza que provocaba en algunas personas. Para él, la linde entre los individuos era muy porosa, casi inexistente. Eso le confería la desconcertante capacidad de penetrar en la conciencia de los demás, así como de ser él mismo, de vez en cuando, invadido por el exterior. Se podría decir que sufría una deficiencia de «aislamiento psíquico», igual que otros sufren una deficiencia del sistema inmunitario. No nos sorprenderá saber que esta fragilidad es compartida por muchas personas clarividentes.³¹ El malestar de Marthe Bibesco procede de esta inoportuna intrusión en su intimidad, que sin duda Proust no percibió como amenazadora.

Tal es la imagen de la actitud que la crítica ha mantenido hasta ahora hacia el Proust vidente: al descubrir el «miedo a lo inenarrable», se limitó a huir de él, multiplicando las diversiones, como la joven. Al igual que ella, acabará atreviéndose a penetrar en el mundo que lo «inenarrable» nos deja entrever...

La vibrante cultura de los años veinte

No obstante, ¿debería sorprendernos que casi la mitad de los participantes del homenaje de la *NRF* estuvieran de acuerdo en la dimensión mediúmnica de Proust y que se atrevieran a manifestarlo así en

una revista prestigiosa? ¿Y que tantas otras personas que habían estado cerca de él compartieran este punto de vista? En absoluto. Lo que hoy nos parece exótico se daba por sentado en 1922. Al ensalzar el «instinto adivinatorio» de Proust, sus amigos estaban sencillamente en sintonía con la época, como resulta evidente al observar el contexto preciso de estos homenajes.

El Institut Métapsychique International (IMI), la sociedad de sabios dedicada al enfoque científico de los fenómenos que hoy calificamos de «paranormales», se fundó en 1919, a raíz del inmenso duelo colectivo causado por la Primera Guerra Mundial. Fue en parte gracias a la intervención de la condesa Greffulhe, una de las damas más prominentes de París, cercana a Proust e inspiradora del personaje de la duquesa de Guermantes.³² Desde septiembre de 1922 a febrero de 1923, la crónica literaria estuvo marcada por el célebre episodio de los «sueños hipnóticos» de Robert Desnos, discretamente inspirados en los experimentos realizados en aquella época en el IMI con videntes lúcidos, como Pascal Forthuny, en los que, unos años más tarde, participaría André Breton.³³ En diciembre de 1922, la prensa parisina se hizo eco de los experimentos de Piéron en el laboratorio de psicología de la Sorbona sobre los ectoplasmas producidos por la médium Marthe Béraud. La propia noción de *ectoplasma* para designar una emanación fluida que parece surgir de la boca, las axilas o el ombligo de un médium durante el trance, esbozando formas orgánicas, pero que se retrae en cuanto se toca, es una categoría propuesta por Charles Richet en su *Traité de métapsychique (Tratado de metapsíquica)*,* cuya primera edición data de enero de 1922.³⁴ La polémica suscitada por los experimentos realizados con Marthe Béraud adquirió el aspecto, según algunos observadores, de un «pequeño caso Dreyfus».³⁵ Al mismo tiempo, este interés por la metapsíquica contó con numerosas publicaciones, en particular el libro de

* Charles Richet propuso en 1891 el término *metapsíquica* para designar los fenómenos más allá del psiquismo. Desde la creación del IMI comenzaron a efectuarse audaces investigaciones centradas en la mediumnidad, la psicoquinesis, la telepatía, la precognición y muchos otros fenómenos inexplicados. En el ámbito anglosajón se optó por el término de *parapsicología* para definir aproximadamente lo mismo. [N. de la T.]

Paul Ageorges *La métapsychique et la connaissance de l'avenir: Socrate chez l'augure* [*Metapsíquica y conocimiento del futuro: Sócrates entre los augures*], publicado en enero de 1923.³⁶ Fue en medio de esta efervescencia, en el ojo del huracán podría decirse, cuando se publicó el homenaje de la NRF.

Proust concibió y redactó su gran proyecto literario durante la edad de oro de las ciencias psíquicas. Se codeó con algunas de las figuras del movimiento metapsíquico. Por otra parte, durante los pocos años que precedieron a su muerte, asistimos a la irrupción escandalosa de los fenómenos mediúmnicos en la escena pública francesa. En 1922, estos fenómenos estaban en boca de todos. Debemos sacar conclusiones de estos hechos. No es insignificante que un escritor de la talla de Proust fuera considerado en vida, tanto por sus allegados como por sus coetáneos, como un vidente. Reynaldo Hahn lo entendió así y llegó a escribir explícitamente que, para captar la especificidad de su obra, era imperativo estudiar y tener en cuenta esta dimensión de su persona:

Críticos de gran inteligencia y gran sapiencia han analizado con perspicacia la obra, el genio y el alma de Marcel Proust, y hay mucho que aprender de sus escritos. Pero ciertos fenómenos de esta personalidad probablemente única solo podrán explicarse cuando nos sea posible penetrar más a fondo en los misterios del mundo desconocido que nos rodea —que tal vez nos gobierna—, ese mundo que, a pesar de destellos y claridades cada vez más frecuentes, aún permanece cerrado para nosotros, y al que Marcel pertenecía mucho más que a nuestro mundo visible, palpable y accesible a las investigaciones del conocimiento humano.³⁷

Estas observaciones demuestran que el propio Hahn estaba próximo al movimiento metapsíquico. Unos años más tarde, el doctor Eugène Osty, uno de los teóricos de esta corriente, haría un alegato sobre los vínculos entre la creación artística y la percepción extrasensorial, utilizando el término *metagnomía*³⁸ para describir esta última. Esta denominación de la época, que utilizaré a partir de ahora, englobaba hechos que correspondían a tres categorías: la

telepatía (comunicación de mente a mente), la clarividencia (conocimiento a distancia) y la premonición (conocimiento del futuro). Proust era quizá un «sujeto metagnomo» en el verdadero sentido del término. Pero dada su estrecha relación con Reynaldo Hahn y su cercanía a la condesa Greffulhe, podemos estar seguros de que no ignoraba tales categorías, ni los experimentos que se realizaban en el IMI ni los ecos que suscitaban en el mundo artístico.

Proust y los videntes

Esta exposición, ya de por sí sorprendente, no estaría completa sin mencionar las relaciones de Proust con varios videntes de renombre. Su primer contacto con el mundo de la adivinación no fue cosa suya, ya que aún era un niño, sino una elección de su madre, una mujer ansiosa y posesiva. Preocupada por el futuro de su hijo, se lo confió a un pariente que le llevó a consultar a la famosa vidente Anne-Victorine Savigny, más conocida como Madame de Thèbes. Por desgracia, esta creyó que debía advertirle de los «escollos» que Marcel probablemente encontraría en su camino. Un hechizo se cernía sobre su futuro, que tendría que conjurar. El episodio se cuenta en *Jean Santeuil* y Christine Brusson lo analiza en su *Contre-enquête [Contrainvestigación]*.³⁹ los escollos en los que el frágil esquife del pequeño Marcel corría el riesgo de quebrarse eran los obstáculos que una familia burguesa y una madre temerosa pondrían inevitablemente a su vocación literaria.

En resumen, Proust habría vivido desde su infancia como Sócrates, bajo el peso de un oráculo. No podemos subestimar el peso performativo que esta predicción pudo tener en un adolescente hipersensible al que la naturaleza parecía haber dotado de antenas especiales. Sócrates, guiado por su *daimon*, había emprendido una investigación irónica para descubrir por qué el oráculo le había designado como el más sabio de los atenienses. Por su parte, Proust nunca dejó, con una ironía similar, de predicar lo falso para conocer lo verdadero con el fin de descubrir la naturaleza de los «escollos» que obstruirían su camino, avanzando ya hacia su sueño de gloria futura al socaire de la autoburla.